

NUESTRO DIMITRI

La figura de Dimitri Papagueorguíu –Dimitri, sin más– es inseparable de la “Hispano-Helénica”, familiar denominación de nuestra ACHH, y es imborrable su huella de cariño, humanidad y de *καλοκάγαθία* en todos los que tenemos el inmenso privilegio de disfrutar de su amistad. Personalmente, además, para mí resultó ser alguien fundamental por lo que a continuación expondré en esta pequeña contribución a su homenaje.

A finales de los '70 yo ya había oído hablar de Dimitri, el grabador y estampador, a otro gran Dimitri, el excelente pintor, afincado también desde hacía mucho tiempo en Madrid: Dimitris Perdikidis –“nuestro gran Poseidón” (o *dicós mas Posidonas*) como le llamábamos los íntimos por su inmensa estatura y su olímpica barba que a muchos nos recordaba la viva estampa del Posidón (o Zeus) de Artemision, en el Museo Nacional de Atenas–. No eran muchas las ocasiones para poder practicar la lengua griega y, a través de Perdikidis y de otros amigos griegos de Madrid, así como compañeros de Clásicas de la Facultad dados también al griego moderno, como Goyita Núñez, Luis de Cañigral, etc., tuve ocasión de trabar conocimiento personal con Papagueorguíu en su fascinante estudio del semisótano de Modesto Lafuente 78, futura sede de la ACHH.

Corría el año 1979 y el Nobel de Literatura recayó en un poeta prácticamente desconocido, al menos en España: Odiseas Elitis, cuyo centenario (de su nacimiento) celebramos ahora. A los, por entonces aún escasísimos, neohelenistas españoles, cabe decir que nos tocó la lotería, al menos mediática. Había habido ya un lejano precedente: el Nobel a Yorgos Seferis en 1963. Lo que ese acontecimiento representaba, supieron explicarlo muy bien profesores como Manuel Fernández Galiano y José Alsina Clota, maestros de algunos de nosotros, entonces en el comienzo de nuestros estudios universitarios, y que lograron inocularnos el interés por la lengua neogriega y su literatura como un estímulo en nuestra formación como helenistas. Me refiero a compañeros como Carles Miralles, Ramón Irigoyen, Alfonso Silván,

yo mismo, y aquellos que hoy ya no están entre nosotros, como los inolvidables Goyita Núñez y Eudald A. Solá.

Pues bien, el Nobel de Elitis fue el desencadenante de la iniciativa de asociar a todos aquellos que, de una u otra manera, nos relacionábamos con la cultura griega en el sentido más amplio, y especialmente con quienes cultivábamos también la Grecia moderna. De la mano de don Antonio Tovar, de Goyita, Luis de Cañigral y de Sarandis Antíojos, poeta y diplomático griego, a la sazón de puesto en la embajada de su país en Madrid, me vi inmerso –en el taller de Dimitri– en la preparación de la reunión fundacional de la ACHH, que tendría lugar el 17 de enero de 1980, en el hoy desaparecido Hotel Mindanao. Allí nació la ACHH y se designó por los numerosos asistentes la junta directiva provisional. La constituían: Antonio Tovar (presidente), Dimitri Pagueorguú (vicepresidente), Pedro Bádenas (secretario); y, como vocales: Goyita Núñez, Manolo Vicent, José Antonio Fernández Ordóñez, José Alsina, José Hierro y Sarandis Antíojos. El profesor Manuel Fernández Galiano, entusiasta impulsor de la Asociación, cedió los locales de Fundación Pastor de Estudios Clásicos para la primera reunión de la junta directiva y allí se celebrarían regularmente las asambleas generales y muchos de los actos promovidos por la ACHH.

Pero el taller de Dimitri fue durante muchos años el lugar de reunión de la junta directiva y donde tendrían lugar muchas de las actividades que marcaron el talante artístico y literario de la ACHH durante más de una década. La impronta de Dimitri fue realmente literal. El emblema –logo para los modernos– de la Hispano-Helénica cuyo boceto presentó Dimitri en la primera reunión de la directiva, el 29 de enero de 1980, fue un logro de concepto y ejecución: la radiante lechuza de Atenea encaramada en un capitel jónico, orlado el conjunto con la leyenda bilingüe del nombre de la Asociación.

El grabado, arte y profesión de Dimitri, siempre ha planeado sobre nuestras actividades. No en vano, sus estampaciones de poemarios completos y poemas sueltos de autores griegos –de Ritsos, de Elitis– en bellísima y original caligrafía para los textos, por lo general bilingües, acompañados de ilustraciones que contienen originalísimas y espléndidas interpretaciones de los respectivos textos, constituyen hoy joyas artísticas y bibliográficas muy valiosas. Me vienen a la memoria los maravillosos grabados insertos en sus estampaciones de “La bondad en los senderos de los lobos”, el “Monograma”, de Elitis; la “Olla ahumada” de Yanis Ritsos, etc. Muchas de estas obras vieron la luz antes de fundarse la ACHH. Por ejemplo, el propio Seferis, en el séptimo volumen de su diario (*Μέρες*, [Días]), registra en la entrada correspondiente al lunes 11 de abril de 1960 una mención expresa a Perdikidis y

a Papagueorguíu, al que señala como grabador, y Aperyis (escultor), que han expuesto en la Woodstock Gallery de Londres. De ambos Dimitris dice Seferis que habían estado becados en España y que se quedaron luego a vivir en Madrid. Señala Seferis la originalidad de los autores resaltando literalmente, en un logrado juego de palabras: ἐνδιαφέρον τὸ πάθος καὶ τὰ πάθη αὐτῶν τῶν νεότερων (“interesante la pasión y ‘pasiones’ de estos jóvenes”).

Dimitri, de manera bien generosa, puso su arte y su tórculo a disposición de la ACHH. Innombrables grabados suyos, con esa visión suya, única, del paisaje del campo y las islas de Grecia, con esas piedras y estatuas rotas, imágenes tan elitianas y seferianas en su expresión. Rara era la actividad de la Asociación para la que no preparara una hermosa y original estampa, desde carteles, las felicitaciones de Navidad o invitaciones para lecturas de poemas como, por ejemplo, los *Viernes de la poesía*, tertulia literaria animada por Manolo Romero y por la que desfilaron multitud de poetas: Claudio Rodríguez, Sarandis, Luis Alberto de Cuenca, Jesús Hilario Tundidor, Rafael Hernández Rico, Juan Carlos Suñén, Joaquín Brotóns, Adriana Ida Saba, etc., etc. Dimitri siempre estaba dispuesto a que cualquier iniciativa de tipo literario que estuviera auspiciada por la Asociación contara con un grabado suyo. En lo que a mí me afecta, no puedo olvidar el homenaje que la ACHH organizó en honor de Elitis durante su visita oficial a España invitado por el Ministerio de Cultura, poco después de la concesión del Nobel. Dimitri, Cañigral y yo decidimos preparar una traducción colectiva del *Canto heroico y júnebre por el subteniente caído en Albania*; partiendo del trabajo de cada uno, en maratonianas reuniones nocturnas en el taller de Dimitri pusimos en común las respectivas versiones discutiendo hasta la saciedad palabra a palabra, el verso, el ritmo y la sintaxis. Resultó un texto estupendo y riguroso que se acompañó del original, en griego, de Elitis. La edición contó, naturalmente, con un impactante grabado de Dimitri y fue asumida generosamente por el Museo de Ciudad Real. Pues bien, cuando llegó Elitis a Barajas (el 20 de octubre de 1980), allí estaba la directiva de la ACHH, cumplimentamos al laureado vate y el presidente, Antonio Tovar, le entregó en nombre de la Asociación el pequeño volumen con tanto afecto y cuidado realizado. Al día siguiente, en el transcurso de la cena ofrecida por la Asociación a Elitis, el inefable Yorgos Savidis, editor de Elitis (también de Cavafis y de Seferis), en un aparte nos fulminó a Dimitri y a mí, amenazando con llevarnos a los tribunales por haber osado sacar un “libro” (en realidad la edición no deja de ser un folleto de 28 páginas, incluida la introducción) sin haber contado con él y haber, además, “desfigurado” el nombre del poeta escribiendo *Elitis* con –i– en lugar de –y–. La verdad es que el rapapolvo y el

tono desabrido del señor Savidis –erigido en rapaz caza-derechos– nos dejaron hechos polvo. Aun así, supimos reaccionar de inmediato, reponiendo que nuestra intención no había sido, ni de lejos, venal y que en realidad se trataba de un –pensábamos que merecido– modesto homenaje de una sociedad cultural de amistad hispano-griega y, lo más importante de todo, una de las primeras traducciones fidedignas de Elitis a una lengua de difusión universal como el español. En cuanto a la “disputa de la *y* griega”, yo, principal responsable, pasé a la ofensiva y, con todo respeto, pero con firmeza, argüí que la transcripción del griego a nuestra lengua era innegociable e indiscutible pues nosotros no objetábamos las transcripciones de nuestros nombres propios a la lengua y grafía griegas. Este desencuentro, anecdótico pero revelador, ya se había manifestado en el aeropuerto el día anterior, pues las únicas palabras del propio Elitis, al recibir el librito, fueron un reproche con sordina por la dichosa *y* griega que –según él– confería a su nombre un hondo valor “metafísico” que nosotros habíamos hecho desaparecer. No fue esta la única anécdota de aquella divertida y original velada. Poco después, Manuel Vicent, participante también de aquel ágape, en su habitual columna en *El País*, con el título de “Cena con un Premio Nobel” glosó con agudo ingenio aquella cena memorable. Mas, como bien está lo que bien acaba, veinticuatro horas después, en el solemne discurso pronunciado por Elitis en el Instituto de España, presentado y respondido por don Antonio Tovar, se disiparon los nubarrones restableciéndose concordia y buen sentido.

No puedo por menos de evocar en estas líneas otra de las innumerables muestras de amistad que Dimitri me ha deparado. En una de esas tertulias de los viernes poéticos hice una lectura en griego y mi traducción del *Himno y llanto por Chipre*, de Ritsos, compuesto a raíz del golpe de estado contra el arzobispo Macarios, en julio de 1974 y que desencadenaría los trágicos sucesos que culminarían con la ocupación turca y la partición de la isla. Dimitri, al término de la lectura y el coloquio, dijo: «esto tenemos que publicarlo». Dicho y hecho; a los pocos días me llamó para que acudiera al taller. Ante mi apareció ya la maqueta de la edición que había pergeñado Dimitri: un bellissimo librito (27 páginas) con dos soberbios grabados a color, enfrentados, de una cabeza femenina con la leyenda ΑΓΑΠΗ ΕΙΡΗΝΗ (AMOR PAZ); el texto, en griego, de Ritsos con su característica caligrafía y otros grabados simbólicos junto con mi texto, en castellano, calografiado por Dimitri imitando en nuestro alfabeto la grafía del poeta. Me quedé sin habla. Por si fuera poco –Dimitri había pensado en todo–, «la edición –dijo– tiene que ser numerada». Y así, como reza el colofón, el 28 de octubre de 1985, Dimitri estampó esta joya que es, de mis publicaciones, aquella por la que guardo más cariño.

Dimitri, que nunca paraba, era capaz de simultanear su trabajo creador, las exposiciones y su entrega absoluta a la Asociación, con la preparación de su tesis doctoral, dirigida por José Sánchez Carralero, de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense. Muchas veces, en el taller, después de alguna de esas largas reuniones de la junta de la Asociación, nos quedábamos a charlar, fumando como chimeneas nuestras respectivas cachimbas (dudo que esto hubiéramos podido hacerlo hoy) y nos poníamos a discutir aspectos de su tesis. A mi lo que más me fascinaban eran sus nuevos bocetos, las recreaciones de algunas de sus estampas en función de los colores, efectos y nuevas soluciones expresivas, las pruebas de artista, en fin, todo aquello que, plásticamente, proponía al hilo del tema de la tesis, *El negativo y el positivo de la huella estampada*. Un día, Jesús Fernández Barrio, catedrático de Grabado en la Facultad de Bellas Artes, me envió la propuesta para que yo formara parte del tribunal que había de juzgar la tesis. Yo no salía de mi asombro, pues una cosa era mi amistad con Dimitri y mi aprecio por su amplia obra gráfica, y otra, muy distinta, salir de mi filología griega para enjuiciar nada menos que una tesis de Bellas Artes. Así que lo dudé un tiempo. Pero Manolo Romero, Carlos Baonza y José Antonio Fernández Ordóñez, me animaron a que aceptara, pues sabedores de nuestras largas veladas sobre aspectos de muchos de sus temas, fundados, en mi opinión, en elementos de la literatura neogriega que, yo intuía, Dimitri los conseguía abstraer y plasmar en sus estampas, consideraban que, en el tribunal, podría ofrecer un enfoque sobre esa tesis desde una óptica totalmente distinta a las de los artistas plásticos que integrarían el resto del jurado. Me convencieron y acepté; me sumergí en la lectura de la tesis y, sobre todo, en el resultado final del original e increíble retablo de imágenes concebidas por Dimitri. La verdad es que todo salió a pedir de boca y pude comprobar que mi intrusión, en sentido literal, en un tribunal de creadores, donde en apariencia yo podía resultar como un extraterrestre, consiguió, en efecto, introducir una visión y juicio diametralmente distintos de los de mis colegas de tribunal, desde mi conocimiento del envés de la obra y las propuestas del doctorando. Naturalmente, la clave, creo, de mi exposición, fue que yo no veía a Dimitri como a un artista disputando con otros artistas; sino como alguien totalmente ajeno, pero sí en el secreto del bagaje personal, vital e intelectual del autor: un griego de pura cepa, absolutamente arraigado con sus orígenes aunque llevara ya muchos años “transplantado” entre nosotros. Modestamente logré dar una interpretación “desde fuera” a las propuestas del doctorando. Dimitri se ganó merecidísimamente el *cum laude*. Esta ha sido, sin lugar a dudas, la tesis doctoral más original y, debo confesarlo, más ajena a mi profesión en

cuyo enjuiciamiento haya yo podido participar. Ni que decir tiene que mi ejemplar de la tesis de Dimitri, con sus numerosas y espléndidos grabados, es toda una obra de arte que ocupa un lugar especial en mi biblioteca.

Me referiré, para terminar, a otro jalón de la “huella estampada” de Dimitri que, además, ha sido un imán que atrajo a otros artistas. La pictografía de la ACHH no se podría entender así sin la colaboración desprendida de Carlos Baonza, Jesús Muñoz o de Manuel Alcorlo. Los *Cuadernos de la Lechuza*, una idea genial concebida, como escribiera Antonio Tovar en la nota editorial del primer número de esa revista, como el punto de encuentro del sector de los creadores, poetas y artistas miembros o amigos de la ACHH

«[...] a los que, sin ser necesariamente helenistas, les une la conciencia de que Grecia es un milagro, y no del pasado, que [...] se reúnen con frecuencia en el estudio del gran maestro del grabado, Dimitri. [...] la lechuza, que tan bellamente sirve de emblema en las monedas de la antigua Atenas, grabada por nuestro Dimitri en el sello heráldico de la Asociación, preside estos cuadernos de arte, poesía y de juventud. Lo mismo que preside con la antigua lámpara de aceite las vigiliat del estudianto de Homero y de Platón».

Los *Cuadernos de la Lechuza* aparecieron el 1 de enero de 1986. Antonio Tovar, que tanta ilusión puso en este nuevo empeño editorial de la Asociación y autor de la presentación que acabo de citar, no pudo desdichadamente ver su circulación, pues falleció poco antes. Revisar y releer hoy estas páginas de gran formato, con ilustraciones, tintas y diseños siempre cambiantes y extremadamente originales, que no han perdido para nada su frescura, es un deleite para el espíritu. Allí está fielmente reflejado lo que constituyó la vertiente artístico-lúdico-literaria de la ACHH, aglutinada por la magia de las veladas en el taller-estudio de Dimitri. Aparecerían seis números hasta 1988, luego se publicaría un séptimo y último en 1994, como homenaje a la memoria de nuestro queridísimo Jesús Muñoz, que hacía poco tan solos nos había dejado para siempre. Cuarenta y cinco autores con sus textos y dieciséis artistas con sus ilustraciones contribuyeron a esta apoteosis de arte, poesía y amistad.

Muchas gracias, querido y gran Dimitri, por todo lo que nos has aportado con tu humanidad, ingenio y entusiasmo, que hacen más valiosa aún, si cabe, tu amistad.

Pedro BÁDENAS DE LA PEÑA

badenas@gmail.com